

vicios los deseos! Esto es hecho; y así os lo prometo con toda la sinceridad que me es posible; yo os amaré toda mi vida, yo os serviré con la mayor fidelidad.

JACULATORIAS. — ¡Oh, Señor, y qué consuelos teneis reservados para los que os aman y os temen! (*Psalm. 30.*)

¡Qué bueno es el Dios de Israel para los rectos de corazón! (*Psalm. 72.*)

### PROPOSITOS.

1 Basta una simple tintura de nuestra religion, basta un mediano conocimiento de la infinita bondad de nuestro Dios, basta la memoria de lo que Dios ha dicho y hecho en favor de los que le sirven, para convencernos de la liberalidad con que recompensa los menores servicios que se le hacen, y de que siempre los recompensa como Dios. No derrama sus liberalidades únicamente sobre las grandes acciones que se hacen por él: premia hasta el mas mínimo deseo, hasta la voluntad sola que se tiene de darle gusto. Acuérdate de tantos beneficios como has recibido en el discurso de tu vida; todos los debes á la pura bondad, á la pura liberalidad de tu Dios. Pero no, no nos debemos parar en las recompensas de esta vida; nunca levantes los ojos al cielo sin considerar que allí es donde te tiene Dios reservado el premio de tus menores servicios. Una bienaventuranza infinita y eterna, un conjunto de todos los bienes, una felicidad sin límites, sin medida, la misma esencia de Dios, este ha de ser tu premio.

2 Pero no debes servir á tan buen amo precisamente por consideracion al premio; mas puro, mas desinteresado ha de ser nuestro motivo. En medio de eso alienta el corazón la memoria de la bondad y de la liberalidad con que recompensa Dios á los que le sirven. Son ordinarias, son comunes en esta vida las adversidades, los trabajos, los contratiempos y las mortificaciones; pues cótéjalas entonces con el premio que te espera. Si te parece que Dios es poco liberal contigo en recompensas temporales, alégrate y dale mil gracias, porque es señal que te las reserva para la otra. ¿Y donde hay mayor consuelo?

### DIA XXIII.

#### MARTIROLOGIO.

LOS SANTOS MÁRTIRES SERVANDO Y GERMAN, en España junto á Cádiz, en el campo Ursoniano; los cuales en la persecucion de Diocleciano por sentencia de Viator su lugarteniente, despues de haber sido azotados, y encarcelados en un oscuro calabozo, y padecido hambre y sed y las penalidades de un largo viaje que les obligaron á hacer cargados de cadenas; por último siendo degollados alcanzaron la corona del martirio. German fué sepultado en Mérida, Servando en Sevilla. (*Véase su historia en las de hoy.*)

EL TRÁNSITO DE SAN TEODORO, presbítero, en Antioquia la de Siria; el cual fué preso en la persecucion del impio Juliano, y despues de sufrir el tormento del caballete, y otros muchos y muy crueles, habiéndole quemado tambien los costados con antorchas; por último, como perseverase confesando á Cristo, le cortaron la cabeza, y así alcanzó la palma del martirio.

SAN PEDRO PASCUAL, obispo de Jaen y mártir, de la orden de Santa Maria de la Merced, Redencion de cautivos, que padeció el dia 6 de diciembre, en Granada en España. (*Véase su vida en las de mañana.*)

SAN IGNACIO, obispo, en Constantinopla; el cual habiendo reprehendido á Bardas César, porque repudió á su mujer, por orden suya fué de muchas maneras ultrajado y tambien desterrado; pero habiéndole restituido á su iglesia el papa Nicolao, descansó en paz. (Fué hijo del emperador de Oriente Miguel Curopalato.)

SAN SEVERINO, obispo de Colonia y confesor, en Burdeos. (Este obispo es honrado como patron de Burdeos, cuya silla gobernó bajo S. Amand. Algunos, contradiciendo el Martirologio Romano, distinguen este S. Severino, llamado tambien Suvino, obispo de Burdeos, del que fué obispo de Colonia, y piensan que el primero vino á Burdeos desde alguna parte del Oriente, y no de Colonia. *Butler.*)

SAN ROMAN, obispo, en Roan.

SAN VERO, obispo, en Salerno. (Se sabe que era tan grande su caridad para con los pobres, que en cierta ocasion, no teniendo nada que darles, se puso en oracion y aparecieron dos angeles que le dieron socorros para que los distribuyese á los necesitados.)

SAN DOMICIO, presbítero, en la diócesis de Amiens.

SAN BENITO, confesor, en el Poitou.

SAN JUAN DE CAPISTRANO, confesor, de la orden de los Menores, esclarecido por la santidad de su vida y por el zelo de propagar la fe católica, en Vilak de Hungría; el cual con sus oraciones y milagros arruinó el formidable ejército de los turcos, y libró del asedio la fortaleza de Belgrado. (*Véase su vida en las de hoy.*)



## SAN JUAN CAPISTRANO, CONFESOR.

SAN Juan Capistrano, tan célebre en el décimoquinto siglo y tan benemérito de toda la cristiandad por su eminente virtud y por su gran zelo de la religion, nació en Capistrano, poco distante de la ciudad de Aquila en el Abruzzo, provincia del reino de Nápoles. Fué su padre un caballero angevino, que se habia casado en Italia con ocasion de ir en la comitiva del duque de Anjou, coronado por rey de Nápoles en Aviñon. Estudió la gramática y letras humanas en su país, correspondiendo los progresos que hizo en ellas en poco tiempo á los que despues habia de hacer en las facultades mayores. Enviaronle á Perusa para que estudiase en aquella ciudad el derecho canónico y civil. Señalóse en ella tanto por sus cristianas costumbres, por su brillante ingenio y por su celebrada elocuencia, que le dieron una judicatura; cuyo empleo desempeñó con tanta integridad y con tan singular prudencia, que enamorado de sus raros talentos uno de los mas principales ciudadanos, le dió por mujer á una hija suya. En todo le mostraba el mundo muy risueño semblante. Brillaba el jóven magistrado no menos por su propio mérito, que por el favor y por el lugar que ocupaba en la mas floreciente fortuna, cuando la divina Providencia, que no le habia dotado de tan bellas prendas para que aumentase el número de los esclavos del mundo, mezcló aquellos primeros gustos con una saludable amargura; paró el curso á aquellas engañosas prosperidades, y en un momento disipó todas las halagüeñas esperanzas de aquella aparente dicha, atajándola en su cuna.

Habiéndose declarado los perusinos contra Ladislao, rey de Nápoles, tuvieron que sufrir una guerra, cuyos sucesos fueron ventajosos á los mismos ciudadanos. Sospecharon que Juan favorecia el partido de Ladislao, y que tenia inteligencias con el ejército de aquel príncipe. No fué menester mas para que desconfiasen de él. Arrestáronle, y en vano intentó justificarse, probando que solo habia trabajado en acomodar las partes. Metiéronle en una cárcel, donde esperó inútilmente por mucho tiempo que Ladislao le reclamase, empeñándose en solicitarle la libertad que habia perdido por servirle. El olvido del príncipe abrió los ojos á nuestro Santo para que hiciese serias reflexiones sobre lo poco que se puede fiar en la amistad de los grandes, como tambien sobre la inconstancia y la nada de los bienes de este mundo. Al mismo tiempo, para mayor dicha suya, murió su mujer; y viéndose libre de este lazo, resolvió trabajar en mas só-



S. JUAN CAPISTRANO  
CONFESOR.



lida fortuna. Apoderáronse entonces de su corazón las máximas y los afectos mas sagrados de la religion; avergonzóse de que su ambicion hubiese errado el objeto; parecióle el mundo lo que es; y sintiendo en sí cierto oculto pero piadoso despecho de haberle servido por tan largo tiempo en perjuicio de su salvacion, determinó abrazar el estado religioso, consagrarse enteramente á Dios, y no reconocer jamás á otro dueño. Vendió todos sus bienes, compró su libertad pagando su rescate, y pasó de la prision al convento. Habia escogido la órden de S. Francisco, y despues de satisfechas sus deudas, y repartido entre los pobres todo el caudal que le sobró, se dirigió al convento del Monte, de la estrecha observancia. Fué recibido en él; pero temiendo el guardian que su resolucion fuese efecto del despique mas que de legitima vocacion, se la quiso probar ejercitándole en los actos mas abatidos y mas penosos que se pueden imaginar. Lo primero que le mandó fué que anduviese por todas las calles de Perugia montado en un vil jumento y con un traje ridiculo, cubierta la cabeza con una mitra de carton en que estaban escritos algunos pecados; prueba verdaderamente dura para un mozo de treinta años, que se habia presentado siempre en aquella ciudad con tanto esplendor, y que se habia granjeado en ella el concepto universal de hombre juicioso, prudente y de gran capacidad; pero la superó aquella grandeza de corazón y aquella generosidad con Dios, que fueron su carácter en todas las ocasiones. Como no habia dejado el mundo á medias, gozoso de que se le ofreciese aquella ocasion de sufocar el resto de su espiritu, ahogó hasta los mas mínimos movimientos con tan gloriosa como señalada victoria. Despues de ella nada le costaron ya las demás humillaciones del noviciado, devorándolas todas su devocion y su fervor. Habia comenzado tarde, y quiso Dios adelantarle en el camino de la perfeccion, proporcionándole acciones verdaderamente heroicas. Midió la profundidad de los cimientos por la elevacion del edificio, y le ejerció el Señor en humillaciones correspondientes á los altos designios á que le tenia destinado su divina providencia. Dos veces fué espelido del convento como inútil y como absolutamente incapaz de servir á la religion. No le acobardó esta vergonzosa espulsion; quedóse á la porteria del convento, contentándose con que le diesen las sobras de los pobres. A vista de tan heroica perseverancia se le volvió á admitir; pero con tan duras condiciones, que nunca se creeria tuviese valor para aceptarlas. Añadia él mismo muchas penitencias voluntarias á las rigurosas que le imponian, hasta que su paciencia y su humildad cansaron la dureza con que se le trataba, y dejó avergonzada la escesiva severidad



de los que pretendían apurar su invencible sufrimiento. Fué, en fin, admitido á la profesion, disponiéndose para ella con extraordinario fervor, en fuerza del cual pasó tres dias enteros en oracion sin tomar otro alimento.

Desde que profesó fué toda su vida un continuado ayuno. Comia una sola vez al dia, y por espacio de treinta y seis años no probó cosa de carne. Su cama era el suelo de su celda, y su sueño no pasaba de tres horas. Estaban salpicadas de sangre las paredes de su celda; testimonio de sus excesivos rigores y de la inocente crueldad de sus sangrientas disciplinas. Los siete primeros años anduvo siempre con los pies descalzos, sin zoclos ni sandalias. El hábito lleno de remiendos acreditaba su estremada pobreza, que amó continuamente, segun el primitivo espíritu de la orden. Por todas estas virtudes se puede fácilmente conocer cuanta era su devocion. Muerto á sí mismo, solo vivia en Cristo y en Cristo crucificado. Abrasado su corazon en el amor de Dios, nunca le perdía de vista. Era su vida una oracion continua, sin que la interrumpiesen las ocupaciones de la caridad. Nunca se le veía de rodillas delante de un Crucifijo ó en presencia del Santísimo Sacramento, que no pareciese arrebatado en éstasis, manifestando las lágrimas que derramaban sus ojos el amoroso fuego en que se derretía su corazon. Al abrasado amor que profesaba á Jesucristo correspondia su tierna devocion á la santísima Virgen. Decia que la divina Providencia le habia dado el nombre de *Juan*, para darle á entender que debia aspirar á ser el amado del Hijo, y el hijo de la Madre.

Luego que profesó fué ordenado de sacerdote, y el sacerdocio fué para él un abundante manantial de gracias extraordinarias con que Dios le favoreció. Habiendo reconocido los superiores su eminente talento de púlpito, le emplearon en el ministerio de la predicacion. Predicó en las ciudades principales con fruto nunca oido; por lo comun interrumpian su sermón los suspiros, los sollozos y las lágrimas de todo el auditorio, siguiéndose despues grandes y ruidosas conversiones. Por este tiempo ligó nuestro Santo una estrecha amistad con S. Bernardino de Sena, unidos con el mismo espíritu aquellos dos grandes corazones, á quienes llamaban los apóstoles de Italia. Habia emprendido S. Bernardino la reforma de su orden; empeño que le produjo muchas persecuciones, y nuestro Santo tomó el de ser su apologistá, no contentándose con el de profesarse gran imitador de sus virtudes. Hizo espresamente un viaje á Roma para defenderle en presencia del papa y de los cardenales contra las calumnias y contra los errores de los que impugnaban la devocion del santo nombre

de Jesus: con cuya ocasion se dió á conocer en aquella corte, donde se levantó con una reputacion y con un concepto que perjudicó mucho á sus intentos de pasar la vida en el retiro y en la oscuridad.

Habíase levantado hácia el fin del siglo xiii en la marca de Ancona una perniciosa secta de monges vagamundos, casi todos apóstatas, con el nombre de *los Fraticelos*, cuyas estragadas costumbres y perniciosos errores tenian escandalizada á toda la Iglesia; y habiéndolos condenado el papa Bonifacio VIII, mandó á los inquisidores que procediesen contra ellos como herejes. Juan XXII renovó contra esta secta todas las censuras de sus predecesores; mas ni por él ni por muchos sucesores suyos pudieron ser esterminados aquellos hombres fanáticos, y en tiempo de nuestro Santo se reproducia todavía en Italia aquella generacion de viboras. Fué nombrado S. Juan Capistrano inquisidor contra los bizochos y los frailecillos; siendo tan eficaz y tan dichoso su zelo, que logró libertar á Italia de aquella peste. Prendado el papa Eugenio IV de las abundantes bendiciones que derramaba el cielo en todo lo que ponía la mano nuestro Santo, le hizo su nuncio en Sicilia, y le envió al concilio de Florencia para que trabajase en la reunion de los griegos con los latinos. Despachóle á los duques de Bolonia y de Milan para apartarlos de los enemigos de la santa Sede y del partido del antipapa Felix V, cuyos protectores se habian declarado aquellos príncipes. Deputóle tambien al rey de Francia Carlos VII, desempeñando nuestro Juan todas estas comisiones muy á satisfaccion del pontífice, y con aquella felicidad que acompaña ordinariamente las empresas de los santos.

Pero mientras trabajaba tan gloriosamente en el bien universal de toda la Iglesia, no se empleaba con menos fruto en el particular de toda la orden de S. Francisco. A su zelo se debió en gran parte la renovacion del espíritu primitivo por las prudentes constituciones que se hicieron en un capítulo general á que asistió, y por el cuidado con que procuró que reflorecesse la observancia regular. Sobre todo, ayudó mucho á S. Bernardino de Sena para el suceso de la reforma, y fué nombrado para introducirla ó para restablecerla en los conventos que poseia en el Oriente la religion. Estendiéronse mucho más allá los frutos de su zelo y de sus trabajos; habiendo sido asociado tambien á S. Laurencio Justiniani para visitar las casas de los Jesuatos, que tenian necesidad de alguna reforma.

Conociendo Nicolao V, sucesor del papa Eugenio, el raro mérito y la poderosa virtud de nuestro Santo, le hizo comisario



apostólico en Alemania, Bohemia, Polonia y Hungría, experimentándose en todas partes el mismo zelo, el mismo fruto y los mismos felices sucesos. Acompañaban á sus apostólicas fatigas todo género de bendiciones. Despoblábanse las ciudades para salir á recibirle, y de ninguna salía sin que todo mudase de semblante. Seglares, comunidades religiosas y clerecía, todos participaban de sus benignas influencias. Convirtió un sin número de herejes, particularmente de husitas; confundió á Rochysana, cabeza de esta secta, y reconcilió con la Iglesia un prodigioso número de cismáticos. Anunciaban su arribo á los pueblos los sermones y las visitas de los hospitales, siendo el fruto las milagrosas conversiones que hacia en todas partes. Estuvo para costarle la vida esta larga y peligrosa expedición, no solo por los inmensos trabajos que padeció, sino tambien por el veneno que en dos ocasiones le dieron los herejes, de que el cielo le libró con protección particular. Dilatóse tambien su zelo en beneficio de los judíos, cuya terquedad no pudo resistir á la caridad de un apóstol tan poderoso en obras como en palabras. En fin, si los turcos, aquellos mortales enemigos del nombre cristiano, cerraron obstinadamente los ojos á las luces de la fe, que en todas partes esparcía nuestro Santo, se vieron por lo menos precisados á rendirse á la eficacia de sus oraciones.

Mahomet II, terror de la Europa y azote de Dios para castigar las culpas de los cristianos, amenazaba á toda la cristiandad por la superior fuerza de sus armas. Acababa de aniquilar el imperio de los griegos, habiéndose apoderado de Constantinopla el año de 1453. Era ya dueño de doce reinos, y habia tomado mas de doscientas ciudades, cuando vino á poner sitio á Belgrado el año de 1456 con un poderoso ejército, que orgulloso y fiero con sus continuadas victorias, nada menos se prometia que la conquista de todo el imperio cristiano, y enarbolar el estandarte otomano en el mismo capitolio de Roma. A un poder tan formidable se creyó no podia oponerse resistencia mas vigorosa que la virtud de S. Juan Capistrano, y así le nombró el papa por predicador y caudillo de la Cruzada. El primer fruto de sus sermones fué como un seguro presagio de la futura victoria. Unió todas las fuerzas de Ladislao, rey de Hungría, del bravo Hugnado, vauvoda de Transilvania, y de Jorge déspota de Rusia. Mahomet, superior en tropas y en orgullo, temia poco á todos aquellos príncipes coligados; pero no conocia aun la poderosa virtud de S. Juan Capistrano, á quien el cielo habia puesto á la frente del ejército cristiano. Llegaron á las manos los dos ejércitos, y empuñando Juan en las suyas un Crucifijo, fué corriendo con él to-

das las líneas, y animando á los soldados con la memoria de que iban á combatir por Jesucristo, el gran Dios de los ejércitos. Inspiró la presencia de nuestro Santo tanta confianza y tanto ardimiento á los cristianos, que desde el primer ataque fué derrotado el ejército otomano, herido el mismo Mahomet, y todas sus tropas hechas pedazos. Fué completa la victoria, al fin como milagrosa; y no solo todos los príncipes, sino toda la cristiandad reconoció haberse debido al zelo, á las oraciones y á la virtud de nuestro Santo, que habiendo desempeñado todas las obligaciones de un hombre apostólico, de un siervo verdaderamente fiel, terminadas gloriosamente las funciones de su ministerio, fué muy luego á triunfar en el cielo, y á recibir en él las eternas recompensas debidas á sus trabajos. Porque habiéndose retirado al convento de Vilak, cerca de Sirmich en Hungría, murió con la muerte de los justos, tres meses despues de la batalla, el año de 1456, á los setenta y uno de su edad, colmado de virtudes y de merecimientos. Habiéndose librado su santo cuerpo de la barbaridad de los turcos, no se libertó de la impiedad de los luteranos. Desenterráronle, y le arrojaron en el Danubio; pero dichosamente le volvieron á encontrar los católicos, los cuales le llevaron á Elloc cerca de Viena en Austria, donde se conserva religiosamente el dia de hoy, honrado con mucha devocion de los fieles. Hizo el Señor glorioso su sepulcro con tantos milagros, que se han compuesto libros enteros de ellos. Beatificóle el papa Leon X el año de 1690, y fué solemnemente canonizado por el papa Alejandro VIII.

*Nota del Traductor.*

«Así dice la cuarta edicion del original que se tiene presente, y es la que se hizo en Leon el año de 1741; pero es clara la equivocacion. Leon X no ascendió al pontificado hasta el año de 1513, y murió en el de 1521. Equivocóse la data de la beatificacion con la de la canonizacion; y así se debe decir: *Beatificóle el papa Leon X y fué solemnemente canonizado por el papa Alejandro VIII el año de 1690.*»

**SAN SERVANDO Y GERMAN, MÁRTIRES.**

UNA de las naciones del mundo en que la religion cristiana ha sido confesada con mas valor, y recibido mayores sacrificios, ha sido España. En ella hallaron los tiranos su confusion y su vergüenza, viendo vencida su crueldad, unas veces por los ino-